



Política y Cultura

Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco

polcul@correo.xoc.uam.mx

ISSN (Versión impresa): 0188-7742

MÉXICO

2000

Luiza Bairros

NUESTROS FEMINISMOS REVISITADOS

Política y Cultura, número 014

Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco

Distrito Federal, México

pp. 141-149

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal



Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>

Nuestros feminismos revisitados

Luiza Bairros**

En este texto se lleva a cabo una serie de reflexiones sobre el hecho de ser mujer negra en el Brasil. Está escrito en primera persona, en tanto que la autora es una mujer negra brasileña, y desde el punto de vista vivencial, a partir de la toma de conciencia de lo que significa ser sujetos de segunda dentro de los ya sujetos de segunda que representan las mujeres, como género, en una sociedad latinoamericana. También se hace una crítica al movimiento feminista para que no deje de ser miope frente a la problemática de las mujeres negras.

Cierta vez en Salvador, Bahía [Brasil] vi en la televisión una escena culinaria. Era un programa matinal dirigido a un público femenino, en el que se mostraba cómo preparar un plato del cual ya no me acuerdo. En aquel momento lo que llamó mi atención estaba detrás del personaje principal, apenas visible en la imagen de la pantalla. El escenario era una cocina y el personaje principal era una presentadora que no cesaba de dar instrucciones y

**Militante del Movimiento Negro Unificado (MNU) del Brasil. Doctoranda en Sociología por la Universidad de Michigan, EE UU

Artículo publicado previamente en *Estudios feministas*, IFCS/UERJ PPCIS/UERJ, vol. 3, núm. 2, 1995, pp. 458-463.

consejos. En contraposición, una joven negra participaba de la escena en el más completo silencio.

En ese programa, el estereotipo que nos une a la buena cocinera fue redefinido por la reducción de la mujer negra al papel de ayudante en el limitado espacio impuesto por el racismo. Para mí, resultó muy poderosa esa otra voz, la del silencio, que era transmitida por la piel negra y realzada por el peinado de trenzas de la ayudante. Una imagen puesta en nuestros propios términos, desligada de las representaciones de sumisión atribuidas a nuestras mujeres y hombres negros.

Así, por un lado, los productores de TV piensan que no poseemos la autoridad y la seguridad necesarias para enseñar, lo que supuestamente hacemos mejor; por otro, es evidente que el racismo ya no puede ser practicado sin rechazo, sin que de algún modo surjan contradiscursos que (re)creamos en las dos últimas décadas.

Los significados implícitos en la escena no terminan allí. El papel desempeñado por la presentadora -blanca- era superior apenas en apariencia, pues ella estaba restringida al espacio generalmente desvalorado de la actividad doméstica. Luego entonces, su "autoridad" sólo puede evidenciarse cuando se contrapone al papel secundario de la ayudante negra.

En una sociedad racista, sexista, marcada por profundas desigualdades sociales, ¿qué es lo que podría existir en común entre mujeres de diferentes grupos raciales y clases sociales?, ésta es una cuestión recurrente no totalmente resuelta por las diferentes corrientes del pensamiento feminista, que interpretan la opresión sexista con base en un diferenciado espectro teórico-político-ideológico de donde el movimiento feminista emergió.

Conceptos fundamentales del feminismo

De acuerdo con Judith Grant,¹ las versiones más conocidas del feminismo -radical, liberal, socialista- no fueron capaces de dar respuesta a las cuestiones que me fueron sugeridas por el programa de TV, porque heredaron del feminismo radical tres conceptos básicos (y problemáticos): mujer, experiencia y política personal.

¹ Judith Grant. *Fundamental Feminism. Contesting the Core Concepts of Feminist Theory*: Routledge, Nueva York, 1991.

En un determinado momento, los conceptos fueron útiles para definir una colectividad y sus respectivos intereses, justificando de ese modo el establecimiento de una organización política independiente. Pero, por otro lado, se mostraban inconsistentes cuando eran usados para definir lo que nos une a todas en cuanto mujeres. Para Grant, tal convergencia conceptual resulta clave para entender por qué ciertos feminismos desestiman las categorizaciones de raza, de clase social y de orientación sexual, favoreciendo, de ese modo, discursos y prácticas dirigidas a las percepciones y necesidades de las mujeres blancas, heterosexuales, de clase media. Veamos cómo ese argumento es elaborado.

El uso del concepto mujer trae implícito tanto la dimensión del sexo biológico como la construcción social de género. Mientras que la reinención de la categoría mujer frecuentemente utiliza los mismos estereotipos creados por la opresión patriarcal -pasiva, emocional, etc.- como forma de lidiar con los papeles de género, en la práctica se acepta la existencia de una "naturaleza femenina" y otra masculina, de modo que parece que las diferencias entre hombres y mujeres sólo sean percibidas como datos de la naturaleza.²

Desde esa perspectiva, la opresión sexista es entendida como un fenómeno universal, sin que resulten evidentes los motivos de su presencia en diferentes contextos históricos y culturales.

Para definir la opresión, el feminismo hace uso del concepto de experiencia, según el cual opresión sería cualquier situación que la mujer defina como tal, independientemente del tiempo, la región, la raza o de la clase social.³ Cabe señalar que este concepto, al mismo tiempo que refuerza uno de los aspectos definitorios del feminismo en relación con otros sistemas de pensamiento -la importancia de la subjetividad en oposición a la objetividad—, también abre una puerta para las generalizaciones. Esto, asociado al mayor acceso a los medios de comunicación de las ideas de ciertos grupos, sin duda contribuyó para que determinadas experiencias fuesen tomadas como parámetros para las mujeres en general.

² *Ibidem*, pp. 21 y 24.

³ *Ibidem*, p. 30. El ejemplo más clásico de la comprensión del concepto "experiencia" se refiere a las mujeres de los sectores sociales dominantes, cuya opresión se manifiesta por los límites a que están sujetas cuando son colocadas en el "pedestal" que los privilegios de clase les garantizan.

Hay dos versiones del pensamiento feminista que explícitamente intentan definir a la mujer con base en experiencias tenidas como universales. La primera coloca a la maternidad como una experiencia central en las identidades de las mujeres. Al responder por qué constituimos un grupo diferente, se destacan los valores ligados a la práctica de las madres: altruismo, cariño, el cuidado de los otros. El énfasis en un aspecto de carácter biológico, como parte integral de la identidad femenina, refuerza las nociones patriarcales de lo que es tradicional o naturalmente femenino, atribuyendo a esas características un valor superior a aquellas generalmente asociadas al hombre.⁴ Por otro lado, no evita la manifestación de intereses contradictorios, como bien demuestran las dificultades que se tienen, aún hoy, para definir un entendimiento común para temas como el aborto o incluso los derechos reproductivos.

La segunda, toma a la sexualidad, entendida como forma de poder que transforma a la mujer en objeto sexual del hombre, como la experiencia capaz de unificar a todas las mujeres. Desde esa perspectiva, la mujer tiende a ser interpretada como víctima de un poder definido como intrínsecamente masculino. También en ese caso, la tentativa de generalizar experiencias fracasa. Prueba de esto son las diferentes percepciones sobre el estupro, el acoso sexual, y, más recientemente, la discusión sobre pornografía y violencia que tiene divididas las opiniones sobre lo que es, o no, la sumisión de la mujer a la voluntad del macho. Véase a este respecto la posición de las homosexuales norteamericanas que reivindican el sadomasoquismo como una forma legítima de ejercicio de la sexualidad, oponiéndose así a las interpretaciones que problematizan esas mismas prácticas en relaciones heterosexuales.

El énfasis en la experiencia llevó a la afirmación de que lo personal es político, el tercer concepto básico del feminismo. La idea de que los problemas de la mujer son meramente personales fue descartada cuando el movimiento feminista se propuso actuar en el sentido de establecer soluciones comunes. Política, entonces, sería cualquier relación de poder fuera de la esfera pública; fuera de la acción directa del Estado o de la organización capitalista de la sociedad. De allí la importancia de la noción de dominación masculina, de acuerdo con la cual el poder se define como la institución política, o cualquier actividad estructurada que la perpetúe, como el matrimonio o la familia.⁵

⁴ *Ibidem*, p. 59.

⁵ *Ibidem*, p. 34.

Transformando los conceptos fundamentales

Hay por lo menos dos teorías feministas que procuran superar las limitaciones de los conceptos fundamentales, sin abandonarlos totalmente. Una es el feminismo socialista, que parte del referente teórico marxista para analizar la base material de la dominación masculina. Puesto que las categorías feministas fundamentales fueron establecidas en oposición a los postulados marxistas, resulta difícil construir equivalencias para conceptos como producción y reproducción (frecuentemente tratados en el feminismo como esferas separadas), así como introducir el análisis de temas como sexualidad y socialización de las criaturas, definiendo patriarcado no como ideología, sino como una estructura con base material.⁶

Las socialistas, por lo menos, ofrecieron alternativas para que se entendiese la intersección entre género, raza, orientación sexual y clase. Con todo, mantienen a la experiencia como el principal elemento para definir la opresión sexista, considerándola como lo más importante. Estimaban a las otras dimensiones como parcelas que se suman a las de género, dando así margen a nuestras conocidas formulaciones en términos de doble o triple opresión -sexismo + racismo + homofobia +, etcétera.

La aceptación más o menos acrítica, de que existen grupos "más" discriminados que otros, es producida por la incapacidad de ofrecer una formulación que evidencie cómo, todas y todos, somos afectados por el sexismo en sus diversas formas -homofobia, machismo, misoginia-. La percepción de que el hombre debe ser, por ejemplo, el principal proveedor del sustento familiar, quien ocupa las posiciones más valoradas del mercado de trabajo, el atleta sexual, el iniciador de las relaciones amorosas, el agresivo, no significa que la condición masculina sea de superioridad incontrovertible.

Esas mismas imágenes entrecruzadas con el racismo reconfiguran totalmente la forma en cómo los hombres negros vivencian el género. Así, el negro desempleado o ganando un salario bajo es visto como perezoso, fracasado o incapaz. El atleta sexual es visto como un violador en potencia, el agresivo se convierte en el blanco preferido de la brutalidad policial. Sólo que estos aspectos raramente son asociados a los

⁶ *Ibidem*, p. 53.

efectos combinados del sexismo y el racismo sobre los hombres, quienes refuerzan lo primero con la ilusión de poder compensar los efectos devastadores del segundo.

La otra tentativa, más reciente, de transformar las categorías de mujer, experiencia y política personal, es el punto de vista feminista (*feminist standpoint*). Según esa teoría, la experiencia de la opresión sexista es dada por la posición que ocupamos en una matriz de dominación, donde raza, género y clase social se interceptan en diferentes puntos. Así, una mujer negra trabajadora no es triplemente oprimida o más oprimida de lo que es una mujer blanca de su misma clase social, pero experimenta opresión a partir de un lugar, que proporciona un punto de vista diferente sobre lo que es ser mujer en una sociedad desigual, racista y sexista.

La raza, el género, la clase social y la orientación sexual se reconfiguran mutuamente, formando lo que Grant llama un mosaico que sólo puede ser entendido en su multidimensionalidad. De acuerdo con el punto de vista feminista, por tanto, no existe una identidad única, pues la experiencia de ser mujer se da de forma social e históricamente determinada.

Considero esa formulación particularmente importante, no sólo porque nos ayuda a entender diferentes feminismos, sino porque nos permite pensar en términos de los movimientos de los negros y de las mujeres negras en Brasil. Esto sería fruto de la necesidad de dar expresión a diferentes formas de la experiencia de ser negro (vivida "a través" del género) y de ser mujer (vivida "a través" de la raza), lo que convierte en superfluas las discusiones en torno a cuáles serían las prioridades del movimiento de las mujeres negras -¿lucha contra el sexismo o contra el racismo?-, ya que las dos dimensiones no pueden ser separadas. Desde el punto de vista de la reflexión y de la acción política, una no existe sin la otra.⁷

⁷ Como señalamos en el párrafo anterior, los hombres también vivencian raza a través de género, pero al contrario de las mujeres no sufren los efectos opresivos del sexismo sobre su propia condición. De allí que se tiende a confundir la lucha contra las desigualdades de género con el antagonismo entre hombres y mujeres, o con una tentativa de acabar con "los privilegios de la condición masculina", que han sido disfrutados plenamente por hombres negros en una sociedad racista. Por esto, el movimiento negro, uno de los pocos espacios que se ofrecen para la expresión plena de las personas negras, también es el escenario para el ejercicio de un sexismo que no podría manifestarse en otras esferas de la vida social, especialmente en aquellos dominados por (hombres) blancos.

Feminismo negro

En Estados Unidos, el feminismo negro es una de las principales expresiones de la teoría del punto de vista (*standpoint theory*). La discusión sobre las categorías mujer, experiencia y política personal delineadas en las secciones anteriores, ya había sido anticipada por escritoras negras, cuya perspectiva feminista prescinde de una identidad común para todas las mujeres. Es este tipo de abordaje que permitirá responder de forma más satisfactoria a las cuestiones que cité inicialmente, a partir del programa de TV para mujeres, en el que la asimetría entre las relaciones de blancas y negras era mostrada como si no fuese problemática.

bell hooks, destacada feminista afro-americana, correctamente afirma que lo que las mujeres comparten no es la misma opresión, sino la lucha para acabar con el sexismo, es decir, por el fin de las relaciones basadas en las diferencias de género socialmente construidas. Para nosotros como negros o negras es necesario enfrentar esta cuestión, no sólo porque la dominación patriarcal conforma relaciones de poder en las esferas personal, interpersonal e íntimas, sino también porque el patriarcado descansa sobre bases ideológicas semejantes a las que permiten la existencia del racismo: la creencia en la dominación construida con base en nociones de inferioridad y superioridad.⁸

En ese sentido la frase "lo personal es político" no significa, para hooks, como muchos todavía la interpretan, la primacía de una dimensión sobre la otra, sino la comprensión de que lo personal puede constituirse en un punto de partida para la conexión entre politización y transformación de la conciencia. Por esto, no se trata de una simple descripción de la experiencia de opresión de las mujeres por los hombres, sino el entendimiento crítico sobre el terreno en donde esa realidad emerge.⁹

Es importante señalar que esa afirmación ya contiene la comprensión de lo que más tarde Grant sintetizó. El feminismo es el instrumento teórico que permite dar cuenta de la construcción de género como fuente de poder y jerarquía que impacta más negativamente sobre la mujer. Es la lente a través de la cual las diferentes expe-

⁸ bell hooks. *Talking Back. Thinking Feminist, Thinking Black*: South End Press, Boston, 1987, p.23.

⁹ *Ibidem*, pp. 106 y 108.

riendas de las mujeres pueden ser analizadas críticamente, con vistas a la reinención de las mujeres y de los hombres fuera de los patrones que establecen la inferioridad de una en relación con el otro.

De ese modo, la afroamericana Patricia Hill Collins devela una larga tradición feminista entre mujeres negras, con base en el pensamiento de las que desafiaron las ideas hegemónicas de la élite masculina blanca, expresando una conciencia sobre la intersección de raza y clase en la estructuración de género. Tal tradición se constituyó en torno a cinco temas fundamentales que caracterizarían el punto de vista feminista negro: 1) el legado de una historia de lucha; 2) la articulación de la raza, la clase y el género; 3) el socabamiento de los estereotipos o las "imágenes de control"; 4) la actuación como madres, profesoras y líderes comunitarias; 5) la política sexual.¹⁰

La autora considera como una contribución intelectual al feminismo, no sólo el conocimiento producido por académicas, sino también el generado por mujeres que reflexionaron sobre sus experiencias cotidianas como madres, profesoras, líderes comunitarias, escritoras, empleadas domésticas, militantes por la abolición de la esclavitud y los derechos civiles, cantantes y compositoras de música popular.

Así, a través de los testimonios, documentos, letras de música, autobiografías, novelas y textos académicos de mujeres negras, Collins traza un perfil de una tradición intelectual, subyugada también en función de criterios epistemológicos que niegan la experiencia como base legítima para la construcción del conocimiento. El pensamiento feminista negro sería, entonces, un conjunto de "experiencias e ideas compartidas por mujeres afro-americanas, que ofrecen un ángulo particular de visión del yo, de las comunidades y de las sociedades... ello involucra interpretaciones teóricas de la realidad de las mujeres negras por aquellas que la viven".¹¹

La contribución de Collins es particularmente útil para entender que la forma en que la mujer negra fue mostrada en aquel programa culinario es paradigmática de la contradicción que enfrentamos en varias esferas de las relaciones sociales. El rechazo o la aceptación condicional de nuestro conocimiento es siempre una posibilidad,

¹⁰ Patricia H. Collins H. *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness, and Politics of Empowerment* Routledge, Nueva York, 1991.

¹¹ *Ibidem*, p. 26.

en los contextos que dependen de nuestra actuación.¹² Pero especialmente, nuestra posición puede ser mejor comprendida a través del lugar ocupado por las empleadas domésticas. Un trabajo que permitió a la mujer negra "ver a la élite blanca desde una perspectiva a la que los hombres negros, y ni aun los blancos tuvieron acceso".¹³

Lo que se espera de las domésticas es que cuiden del bienestar de los otros y que desarrollen lazos afectivos con quienes cuidan, sin dejar de ser trabajadoras económicamente explotadas y, como tal, extrañas al ambiente del que participan (*outsider within*). Con todo, esto no debe ser interpretado como subordinación. Al fin y al cabo, esa "marginalidad peculiar es la que estimula un punto de vista especial de la mujer negra (permitiendo) una visión distinta de las contradicciones en las acciones e ideologías del grupo dominante".¹⁴ La gran tarea es potencializarla afirmativamente a través de la reflexión y de la acción política.

Traducido del portugués por María J. Rodríguez-Shadow

¹² Varias militantes han resaltado que por la forma en que se propagaron las ideas y las acciones de los movimientos negros y feministas se tiene la impresión de que todos los negros son hombres y de que todas las mujeres son blancas. Para combatir esa creencia Paula Giddings escribió *When and Where I Enter... The Impact of Black Women on Race and Sex in America*. William Morrow and Co., Nueva York, 1984. Una fascinante reconstrucción del liderazgo desempeñado por mujeres negras en las luchas feministas y contra el racismo en Estados Unidos.

¹³ *Ibidem*, p. 11.

¹⁴ *Idem*.